Cup 405. c. 61.

ORACION FÚNEBRE,

QUE DIXO

EL Dr. D. JUAN IGNACIO GORRITI

CANONIGO

DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE SALTA,

Y TENIENTE VICARIO GENERAL CASTRENSE

DEL EXTO. AUXILIAR

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DEL TUCUMAN

EL 11 DE SEPTIEMBRE DEL PRESENTE AÑO DE 1816.

con motivo de las exèquias del Coronel graduado

DON DIEGO GONZALEZ BALCARCE,

COMANDANTE DEL REGIMIENTO DE DRAGONES DEL PERU

NATURAL DE BUENOS-AYRES,

que despues de mas de cinco años consecutivos de campaña en aquel exército falleció en los 39 de su edad el 22 de agosto anterior.

BUENOS-AYRES:

IMPRENTA DELSOL.

1816.

Exemplum dedi vobis, ut..... et vos ita faciatis.

Os dí exemplo, para que me imiteis.

S. J. cap. 13 V. 15.

El hijo de Dios, que vino á salvar á los hombres, ocupó todos los instantes de su vida sacrosanta, en darnos los mas interesantes documentos de salud; pero como entre todas las impresiones, que recibe nuestra alma por los órganos exteriores, ninguna sea tan fuerte, ni tan insinuante, como la que entra por la vista, á la doctrina, añadia la obra; nada exigió de nosotros, ya fuese por via de precepto, ó de consejo saludable, que no lo enseñase con el exemplo, y asi al despedirse de sus discípulos, pudo decirles: os dí exemplo, para que vosotros hagais lo mismo. *Exemplum dedi vobis, ut et vos ita faciatis.*

¿Por que no me será lícito adoptar esta frase ahora, quando al trazar el quadro de las virtudes de nuestro héroe, su espíritu desde la mansion eterna, donde des-

causa, parece, que dirigiera la palabra á sus compañeros de armas, diciendoles, *os di exemplo, que debeis imitar* ?

No penseis Señores, que voy á formaros el elogio de uno de aquellos guerreros, que por la multitud, é importancia de sus victorias, y la extension de sus conquistas se hizo célebre entre los hombres: este sería tal vez un elogio impropio de este lugar, donde nada debe aplaudirse, sino lo que ha sido capaz de hacer á los héroes expectables ante los ojos del supremo ser. Los grandes conquistadores ordinariamente no son mas, que famosos afortunados ladrones: sus victorias suelen estar acompañadas de grandes crímenes, y á veces de enormes errores, que si al débil juicio de los hombres pueden ocultarse, por que los absuerve el resplandor de el triunfo, la razon eterna los condena, y suele suceder, que el falso héroe, que lleva los aplausos, y es la expectacion de los mortales, es al mismo tiempo el objeto del desprecio, y exêcracion del universal calificador del mérito.

Voy á hablaros de un militar desgraciado en la mayor parte de sus campañas, pero que supo hermanar la religion al valor, y que en los mismos contrastes de una fortuna ominosa, labró su mérito, acrisoló su virtud, y se hizo digno modelo para la imitacion de los militares. Tal es Sres. el Coronel D. Diego Balcarce, cuyas exêquias celebramos.

Nacido de una familia distinguida y honesta, tuvieron sus padres el cuidado de instruirlo no solo en las máximas de la religion, sino tambien en las leyes del honór, tal, qual nos era permitido, conocerlo en el deplorable estado de la esclavitud, en que hemos vivido; y se prestó con docilidad á la voluntad de su padre, que le indicó el deseo, que tenía de ponerlo en la carrera de las armas al servicio de la corona de España.

Aplicado, á instruirse en sus deberes, exâcto en el cumplimiento de sus obligaciones, se hizo bien pronto acreedor á la consideracion de sus xefes. Si los sucesos de la guerra correspondieran fielmente á la entereza, y valor, con que se desempeñan los militares; en la defensa de Montevideo asediada por las tropas británicas se habría coronado de laureles el jóven Balcarce, pero á pesar de sus esfuerzos, vió rendirse la plaza á una fuerza preponderante, y él mismo fué presa del vencedor.

Entonces empezaron á descubrirse los destellos de la grandeza de su alma superior á todas las vicisitudes, á todos los trabajos, y penurias. Los sucesos próspe-ros entonan el corazon humano, lo alientan á nuevas empresas, lo engrien, al paso que las desgracias desalientan y abaten el espíritu. Esto sucede generalmente en toda clase de ensayos, pero particularmente en los de la guerra. Por esto se nota, que los vencedores ordinariamente cometen excesos, á que los arrastra el orgullo, y los vencidos se precipitan, ó á la desesperacion, ó al abatimiento, que los degrada. Las almas grandes son las únicas, que saben preservarse de ambos extremos.

D. Diego Balcarce acreditó en esto la grandeza de la suya, manifestandose siempre superior á las vicisitudes de la guerra, y contenido en los estrechos límites de su deber. Tan moderado en las victorias ganadas en esta Ciudad, en la de Salta, y en otras muchas acciones particulares, que él dirigió; como constante, y sostenido en las desastradas, que sufrió. En la de Rioseco en España, en las de Paraguarí, Taguarí, Vilcapugio, y Ayouma.

Elevado al rango de uno de los Xefes de este exército, á proporcion, que crecieron sus atenciones, se abrió nuevo campo á la heroicidad de sus virtudes. Siem-

pre deseoso de aumentar los conocimientos en el arte, que profesaba, y zeloso del mejor órden en el cuerpo, que mandaba; repartia su tiempo en dos objetos interesantísimos. Le eran desconocidas las distracciones, con que suelen templarse las fatigas del servicio, y que por desgracia suelen disipar al militar, hasta hacerlo olvidar de sus deberes. Jamas se le oyó quejarse por el servicio, que se le recargaba: jamas le arredraron los peligros, á que freqüentemente se le exponia en campaña, ni se le oyó murmurar sobre las disposiciones de los xefes, excepto una exclamacion, que en Venta-imedia le arrancó el dolor, de ver expuesto á perecer un brillante cuerpo de infantería, sin poder socorrerlo, comprometido el honor de las armas de la nacion, la existencia del exército, y seguridad de las provincias, por un mal calculado proyecto.

Vosotros sabeis el denuedo, con que el Comandante Balcarce en la desgraciada accion de Sipe-sipe cargó sobre la caballería enemiga, la arrolló, é impuso respeto; para que no se atreviese á perseguir la dispersion de la infantería. Sois igualmente testigos de la constancia infatigable de sus servicios. Despues de una derrota, y de una retirada acaso mas desastrada, que la misma derrota, quasi desnudo, y con la salud quebrantada ha sostenido por muchos meses la avanzada, y en seguida emprende la marcha hasta aquí, dos jornadas á retaguardia del exército, privado hasta de la pequeña satisfaccion de comunicar con sus compañeros los trabajos de la campaña, que al fin sirve de algun consuelo á las almas débiles; sin que ni por el justo deseo de restablecer su salud, ó reparar su desnudéz, solicitara relevo de un solo dia. ¿Pero es esto todo? No Señores: el Coronel D. Diego Balcarce no solo sufre las fatigas del servicio, que hace como xefe, sino que, parte con el soldado las molestias y privaciones, á

que veia sujeto el esquadron, que mandaba. ¿Faltan bestias para montarlo? El dexa su caballo, y puesto á la cabeza de su columna marcha á pie. ¿Un torrente copioso, que se precipita por una quebrada, ofrece mil molestias al soldado en la jornada? El la hace á pie, descalzo, pasando con la agua hasta el pecho, quantas veces lo exigió la necesidad. ¿Faltan víveres á la tropa? El se priva hasta dos dias consecutivos de alimento, por no haber tenido el suficiente, para partirlo con todos sus soldados. Asi alentaba á su esquadron, y con el exemplo los enseñaba, quantos son los sacrificios que el ciudadano debe hacer, por la felicidad de su nacion.

Hablo en presencia de una multitud de testigos oculares de todos estos hechos heróycos, y esta es para mí la mayor satisfaccion. ¿Es digno de imitacion este modelo? Ah! Si todos estuvieramos animados de estas virtudes, especialmente los que estan al frente del órden, y los que visten las insignias militares, ¿quien resistiria al empuje de nuestras legiones? Quien osaría atacar su reputacion, sin ser confundido por el voto público?

Pero.... Oh! Yo me lleno de rubor y confusion: quisiera sepultarme ántes, que ser un triste espectador de las calamidades, en que el Estado está envuelto. Tiendo la vista hácia todos los ángulos, y ¿qué es lo que veo? Derrotado el exército, en que estriva su seguridad; los pueblos divididos, y rivalizados unos contra otros; las espadas teñidas en la sangre de los ciudadanos; el territorio de las provincias debastado; arruinadas las fortunas de los particulares; las ciudades llenas de huérfanos y viudas reducidas á mendicidad; unas familias errantes, otras hechas el blanco de la ira de los enemigos, ó de la venganza de un déspota. ¿Y quál es la causa de estas desgracias? La am-

bicion de unos, que desean constituirse en un rango, de que son indignos por sus vicios: la codicia de otros, que envidian la suerte de los honrados, y buscan medios de dar pábulo á sus pasiones. En una palabra, los vicios, de que nos hemos dexado dominar, nuestras miras personales, la falta de sinceridad, y buena fé. Y lo peor de todo es, que todos lo conocemos, y á pesar de esto, no hacemos un esfuerzo, para triunfar de nosotros mismos, y sobreponernos á nuestras pasiones. Ved ahí la causa de todas nuestras desgracias; del paralisis funesto, que padecen todos los negocios públicos, y que á pasos agigantados nos conduce al sepulcro.

Sin embargo, en obsequio de la justicia, y en vindicacion del honor de estos defensores de la Libertad Americana, es preciso confesar, que si hay en este Exercito alguno, sobre quien pueda recaer el reproche de los vicios indicados, quasi en su totalidad se compone de hombres no solo dignos de nuestra gratitud, sino de la admiracion de las naciones. Muy léjos de mí el espíritu de adulacion, ó de lisonja, yo me remito á pruebas muy patéticas, hechos recientes, muy notorios.

Observadlo de cerca: si buscais hombres virtuosos aquí los encontrareis. Venid con migo hombres maldicientes: lenguas mordaces: vamos á buscar ese exército en la época de su mayor corrupcion, de su mayor desórden, y en los dias funestos, á que se refieren los excesos, que se le atribuyen.

Lo habeis observado ya con detenida reflexion? ¿Y que habeis encontrado? Hombres descalzos, desnudos, sin mas cama, que el suelo duro, sujetos á todas las intemperies del clima, y á todos los rigores de las estaciones, forzados á emprender penosas marchas, que pueden seguirse por la sangre, con que se imprimen sus pisadas; que carecen de sus sueldos, sujetos aun miserable trozo de carne, y muchos dias, aun esto les

falta; no encuentran hospitalidad, y se les trata como á enemigos aun en los pueblos hermanos; que se ven insultados, y befados por la canalla mas detestable, que infesta la nacion; y á pesar de todo, constantes en el servicio, sujetos á todas las fatigas de la guerra, sufriendo severos castigos por ligeras faltas, siempre dispuestos á batirse con el enemigo, y derramar su sangre por la seguridad de los ingrátos, que les han declarado una persecucion decidida. Superiores á las insinuaciones, y reclamos de la seduccion, que les brinda con todo género de licencia, y ofrece una garantía de seguridad, si abandonando las banderas de la nacion, quieren ir á aumentar el número de los debastadores del pais. ¿Es virtud esta? ¿Se hallan en el mundo muchos hombres de este temple? Soldados americanos, á vosotros estaba reservada la gloria de presentar al mundo esta escena de admiracion.

¿Murmuradores eternos, puede vuestra conducta compararse á esta? Si he hecho una pintura exâgerada, desmentidme; peró si no podeis, confundíos malvados: estais cogidos en la red de vuestra misma malicia. Vosotros os complaceis con las desgracias de la nacion: habeis fixado vuestro patrimonio en la anarquía, enemigos domésticos, que trabajais sin cesar en destruir la fuerza moral, para aniquilar la física. Perdonadme, señores, esta digresion, á que me ha arrebatado el zelo de la justicia, y la gratitud debida á los hombres mas recomendables del Estado. Vuelvo ya á tomar el hilo de mi discurso.

Yo no habria llenado los deberes de un ministro del evangelio, si el elogio de mi heróe terminára en sus virtudes marciales. Sería el primero en llorar la triste suerte de un hombre, que habiendo vivido virtuosamente, no había sabido agradar á Dios, porque

entre sus virtudes faltó la fe, de que vive el justo, y las que poseyó carecieron del brillo, que les añade el realce de la religion, elevándolas á un órden sobre natural.

La corrupcion del presente siglo ha llegado al extremo.... Que desgracia!.... Lo diré señores? Lo diré? Si lo diré: confundiré á el insensato con su vanidad: descubriré la ignominia de la hija de Sion; correré el velo al misterio de iniquidad. Ya creo, que comprehendereis, que mis dicterios van dirigidos contra aquella clase de personas, que se glorian de haber sacudido el yugo de la religion, en que han sido educadas, hacen alarde del libertinaje, é incredulidad. Esta peste, que se ha hecho de moda, desprecia como preocupaciones de la ignorancia, los exercicios piadosos, y los dogmas sancionados con la creencia de la mas respetable antigüedad, y los misterios, cuya exîstencia está afianzada con los argumentos mas concluyentes. Su atrevimiento crece en proporcion de su ignorancia. Quando les parece, que pueden ya contarse entre los incrédulos, creen haber adquirido un grado sublime de ilustracion; como si la incredulidad fuese la sabiduria, ó á lo menos el gérmen de todas las ciencias. Quanto mas han trabajado en degradar su especie, para igualarse á los brutos, tanto mas presumen de haberse elevado sobre los demas hombres.

Fenómeno bien extravagante, pero demasiado comun en nuestros dias, y conseqüencia nesesaria del imperio, que exercen los vicios, maxîme el de la sensualidad en los corazones de los incrédulos; estos no han sacudido el yugo suave de la religion, por estar convencidos de que el evangelio sea una impostura, ó por haber descubierto algun vicio en los raciocinios, con que se prueba la verdad de los misterios contenidos en él, sino por que no pueden soportar la idea de un Dios santo, enemigo de la maldad, incorruptible por esencia,

y omnipotente, para castigar á los malvados: les falta resolucion, para templar su ira con la reforma de sus vicios, y toman el partido de no creer, lo que les hace temblar. Insensatos! Como si su persuasion fuese capaz de cambiar la naturaleza de las cosas, ó la ilusion voluntaria capaz de escudarlos contra la ira de un Dios, á quien insultan. Infelices! Compadezcamos su ceguedad, y pidamos al Padre de las misericordias un rayo de luz celestial, que destruya las cataratas, que se han formado en sus almas, para que vean la verdad, y á nosotros nos preserve del contagio por Christo nuestro Señor.

Entre estos se encuentran algunas virtudes morales, que son efecto de la educacion, del talento, del temperamento, y á veces tambien del orgullo; pero como les falta el gérmen de la vida, como no estan cimentadas sobre la piedra angular, que es Jesu-Christo, no solo son incapaces de justificar al que las posee, sino que tambien son en sí mismas deficientes, y se destruyen unas á otras.

No eran ciertamente de esta calidad las que poseia el Coronel D. Diego Gonzalez Balcarce. Jamas desmintió la educacion christiana, que habia recibido, ni su corazon fué presa de los vicios, que producen la incredulidad. Me han asegurado personas del mayor crédito, que jamas se le oyó una expresion libre ó disoluta. Hermanó las leyes de la milicia con las del evangelio, niveló siempre su conducta por la regla, que el Precursor del Salvador dió á los militares. Jamas abusó de la espada, para oprimir al pacífico, ó al indefenso. Jamas se valió de la intriga ó cabala, para promover sus adelantamientos, ni cometió violencia, para ensanchar los recursos de su fortuna. *Neminem concutiatis, neque calumniam faciatis: contenti stote stipendiis vestris.*

Ya en otra ocasion os hice observar, que la vida militar abraza, quanto tienen de arduo, penoso, y austero los estados mas perfectos, que se conocen entre los católicos. Las peregrinaciones de los varones apostólicos, las austeridades de los penitentes, las privaciones de los que renunciaron el siglo, el trabajo corporal de los monjes, y la ciega obediencia de los religiosos. Aunque algunos han considerado á la milicia como el asiento de la licencia, acaso con fundamento, si se atiende, á lo que ordinariamente sucede; yo creo, que ningun estado ofrece al cristiano tan abundantes medios de santificarse, como el militar. Por que? Por que el militar, desde que vistió las insignias, puso en planta las dos condiciones, que exîgió Jesu-Christo de los que habian de entrar en el número de sus discipulos; la propia abnegacion, y carga de su cruz. *Abneget semetipsum, tolat crucem suam.* Propia abnegacion. El militar cumplió con esta condicion, renunciando su propia voluntad, y profesando obediencia ciega á unas leyes las mas estrictas, y zelosas, que se han conocido entre los hombres. Cargó su cruz, echando sobre sí unas obligaciones útiles, y necesarias al bien de la humanidad, á cuyo cumplimiento lo estimulan el honor igualmente, que el deber. ¿Que falta pues al militar exâcto en sus funciones, para ser un perfecto christiano?

Que haga por un motivo religioso lo mismo, que le ordenan sus xefes, y le prescribe la ordenanza. Es decir, que haga lo que debe hacer como militar, con respecto á Dios, por que eso es lo que Dios exîge de él; y con esto podrá decir, que ya sigue á Jesu-Christo, *et sequatur me.* Esta es la razon, por que en los tiempos, en que florecia el cristianismo, resplandecia tanta virtud entre los soldados, y se encontraban batallones enteros de militares santos. Por esto no temo, faltar á la circunspeccion, que debo guardar en este

lugar sagrado, representandoos en el Coronel D. Diego Gonzalez Balcarce reproducidas las virtudes, que santificaron á los Eustoquios, Marcelos, Teodoros, y otros muchos. Es decir, que nuestro héroe practicó con espíritu religioso las virtudes marciales, que lo hacen digno de vuestra imitacion.

Quereis mayor covencimiento de esta verdad? Pues observad su conducta en el periodo de la última enfermedad, que lo arrebató. En la flor de su edad, quando las ilusiones de los sentidos tienen un imperio tan poderoso, quando á la distancia entreveía el horizonte de una fortuna brillante, que le preparaba su carrera, quando el crédito, y amor, que se habia grangeado entre sus conciudadanos, parece, que lo llamaban á ser uno de los hombres mas expectables de la nacion, se ve atacado de la fiebre mortal. Con entera resignacion se sujeta, y somete al físico, que lo asiste: obedece, quanto le manda conforme al precepto del sabio: oye el fallo, que se hecha sobre su situacion, sin aquellas congojas é inquietudes, que ocasiona una conciencia enredada, ó un corazon pegado á la tierra.

Nuestro héroe estaba felizmente exênto de ambas desgracias, y así, sin trepidar un momento, se fixó en los recursos, que la religion ofrece á sus hijos, se dispuso, recibió los sacramentos, testó á favor de unas hermanas indigentes, lo que tenia devengado de sueldos, sufre con paciencia exemplar los dolores y molestia de de una fiebre violenta, que procede de una úlcera, que le despedaza una entraña; y acompañado de un sacerdote espera el momento de presentarse en la presencia de su Criador: conservando hasta el último periodo la dulzura de su caracter, nacida de la paz de su conciencia, y acreditando la esperanza, que lo sostenia. Dichosos, los que con tales preparativos pasan de este mundo al otro.

Defensores de la Nacion Americana: os he propuesto el modelo; á vosotros toca la imitacion. ¡Que floreciente se hallára el Estado, si todos los que profesan la carrera de las armas, estuvieran penetrados de las mismas virtudes, que florecieron en el Coronel D. Diego Balcarce! El valor, y la religion harían el tímbre mas glorioso del oficial: nuestros enemigos estarían humillados: observarían en silencio nuestro engrandecimiento. Habrían ya desistido de la temeraria empresa de nuestra destruccion, pues sus cálculos se fundan mas en nuestros extravios y desórdenes, que en su fuerza física. Las potencias disputarían la preferencia de nuestra amistad. En vez de las agitaciones y conflictos, á que nos vemos hoy reducidos, reynaría una paz inalterable; y en vez de la desolacion, que experimentamos, disfrutaríamos una abundancia y prosperidad, que solo puede pintarse con la brillante alegoria: *los montes destilarían dulzura, y de los collados se desprenderían arroyos de leche, y miel.* ¿No conoceis que nuestros vicios nos han acarreado aquellos males y privado de estos bienes?

¿Mas porque fatalidad hemos perdido un hombre tan interesante, cuyo exemplo podia mejorar nuestras costumbres, y servir de plantel de excelentes oficiales? ¡Que es esto, Dios mio! ¿nos habeis abandonado? Quando yo dirijo al Ser Supremo estas sentidas quejas, en nombre de la afligida Patria, un estupor religioso ocupa mis sentidos, y parece que una voz imponente me advierte, que el héroe, á quien lloramos, llenó en pocos años la carrera de méritos de una vida dilatada, y fue arrebatado, para preservarlo del torrente de corrupcion, que parece intenta infestarlo todo.

Dios Eterno. Yo adoro vuestros Soberanos Decretos, me someto á ellos con humildad. Bondad infinita: amor paternal de mi Redemptor: recibidnos en los

brazos de vuestra Providencia, y dirigid hácia nosotros una ojeada piadosa. Hermanos mios, vaxemos con freqüencia al sepulcro de este héroe; el contraste de nuestros vicios y sus virtudes, nos enseñará lo que somos, y lo que debemos ser, y animados del sincero deseo de nuestra reforma, nos haremos mas dignos de unir nuestros votos con los de la Iglesia Santa, para decir: *requiem eternam dona ei Domine, et lux perpetua luceat ei.*

SONETOS

á la muerte del Señor Balcarce.

O parca mas que impía, é inhumana,
Del guerrero mejor vil homicida,
Inexôrable fallo de una vida
Llena de triunfos en su edad temprana.

En el bello periodo, en la mañana
De su ilustre carrera sorprendida,
Tu guadaña cruel, cortó atrevida
Sus nobles pasos con accion villana.

Reprime, o parca, tu furor sangriento
No mas sacrificar á tu venganza
La Patria y la virtud ¡atróz intento!

Pues quitaste, quitando la esperanza
De ver de su valor nuevas victorias,
Al mundo exemplos, y á la Patria glorias.

OTRO.

Murió....nueva fatal! Murió....no existe,
El que era de la Patria honor y gloria.
Melancólica ostenta su memoria
Esta tumba de horror, lúgubre y triste.

Noble Balcarce, desapareciste
Como sombra fugáz, y transitoria.
Donde está, ó muerte! Donde tu victoria,
Quando aleve en su lecho asi le heriste?

Oh! Déxalo vivir años sin cuento;
Debe ser inmortal un héroe invicto.
Pero si ha de rendir su último aliento,

Sea con honor en brazos del conflicto,
Hecho en sosten de causa tan sagrada
Víctima del cañon, y de la espada.

Mss. Rivad. Fondo Pujol 609
Tratado Gob. Cundinamarca
Cap. 405. C-62.

INSTRUCCION PARA GOBIERNO Y DESEMPEÑO

de los Alcaldes de barrio en el exercicio de sus empleos, para que cada uno en su respectivo distrito, y todos juntos contribuyan a mantener el orden y seguridad publica.

HAbiendo acreditado la experiencia la utilidad y beneficio público que en todas partes produxo la creacion de Alcaldes de barrio, haciendo mas pronta y expedita la administracion de justicia en que consiste la observancia de las Leyes y arreglo de las costumbres; se establecieron en esta Capital por auto acordado de 11 de Febrero de 1790; pero los graves cuidados y atenciones que ocuparon la del Superior Gobierno embarazaron el poder puntualizar todas las disposiciones que debian acompañar aquella benefica resolucion para que surtiese los efectos deseados; y considerando que las ocurrencias posteriormente sobrevenidas, han alterado notablemente la tranquilidad publica, de donde ha provenido la freqüencia de los delitos, y la impunidad de muchos de ellos; la residencia en esta ciudad de multitud de extrangeros que expresamente prohiben las Leyes; el abandono de la policia punto tan recomendable en todo pais culto; y el vicio dominante que insensiblemente se ha ido radicando en gentes ociosas y díscolas de censurar y criticar las providencias y disposiciones del gobierno, exceso que sobre ser tan reprensible, ocasiona la desconfianza publica, llegando al extremo de infundir recelos en el pueblo, interpretando malignamente las noticias que publica relativas á la Metropoli, y extendiendo otras adversas con el siniestro fin de entibiar el zelo y patriotismo de estos habitantes, y el interes que han tomado en su misma causa que es la de la nacion española de que son parte integrante estos paises; ha parecido indispensable para cortar abusos tan perniciosos, prevenir el remedio conveniente á semejantes excesos y establecer para lo sucesivo un orden fixo y proporcionado á asegurar la tranquilidad y reposo á que son acreedores los honrados vecinos de esta capital: que se lleve à efecto aquel establecimiento dividiendo el territorio de esta ciudad en Quarteles como se ha practicado en todas las en que residen Chancillerias y Audiencias, asignando uno á cada uno de los SS. Alcaldes del crimen y supliendo en sus vacantes, ausencias ó enfermedades los Señores Alcaldes ordinarios, á cuyo cargo estarán quatro de los barrios de los